

La pesadilla utópica

[William Easterly](#)

Economistas, políticos y estrellas del rock de los países ricos han hecho llamamientos este año para que se cancele la deuda y se incrementen las ayudas a los países pobres. Esto parece lo adecuado. Pero los sueños utópicos de aliviar la pobreza eluden algunas duras realidades. Al prometer tanto, los activistas prolongan la verdadera pesadilla de la miseria.



Las épocas pasadas han facilitado una superabundancia de todos los materiales y medios necesarios para alimentar, vestir, alojar, formar, educar, dar empleo, divertir y gobernar a la raza humana en una prosperidad perpetua y progresiva, sin guerras, conflictos o competencia entre naciones o individuos”.

Estas palabras no fueron pronunciadas por un esperanzado líder mundial en la última cumbre del grupo de los ocho países más industrializados del mundo (G-8) o por Bono en un concierto de rock, pero resultan familiares. Fueron escritas en 1857, cuando el reformista británico Robert Owen

hizo un llamamiento a los países ricos, que podrían “fácilmente inducir a todos los demás gobiernos y pueblos a unirse a ellos en la adopción de medidas prácticas para lograr el bien común en el futuro”. Tuvo que marcharse de la ciudad entre las burlas de sus contemporáneos, que le consideraron un utópico.

Reconfortado se sentiría Owen si viviera hoy, al comprobar que en 2005 algunos de los poderosos e influyentes parecen creer que la utopía ha vuelto. El presidente estadounidense, George W. Bush, ha enviado a los militares de EE UU a propagar la democracia a lo largo y ancho de Oriente Medio, los líderes del G-8 se esfuerzan por acabar con la pobreza y la enfermedad en un futuro próximo, el Banco Mundial promete desarrollo como el camino hacia la paz global y el Fondo Monetario Internacional (FMI) está tratando de salvar el medio ambiente. En un mundo en el que miles de millones de personas aún padecen grandes sufrimientos, estos sueños tienen, sin duda, gran atractivo. Cabe preguntarse si este nuevo y sorprendente interés por la utopía es simplemente retórica inofensiva y fuente de inspiración. ¿Son las ambiciones utópicas el mejor modo de ayudar a los pobres, que constituyen la mayoría de la población mundial?



Desafortunadamente, no. En realidad, merman los esfuerzos por ayudarles. ¿Qué es el utopismo? Es prometer más de lo que puedes cumplir. Es ver una respuesta fácil y repentina a problemas complejos que llevan largos años sin resolverse. Es intentar solucionar todo de inmediato mediante un *aparato* administrativo

encabezado por *líderes mundiales*. Es esperar grandes cosas de esquemas diseñados en la cúpula, pero no hacer nada para resolver los grandes problemas que hay abajo. El utopismo pone demasiada fe en la cooperación altruista y subestima el conflicto y el comportamiento que busca el interés propio.

EL AÑO QUE VIVIMOS UTÓPICAMENTE

En el amanecer del nuevo siglo, Naciones Unidas hizo realidad el sueño de Robert Owen de reunir a “los potentados de la Tierra” en lo que la organización global llamó una Asamblea del Milenio. Estos potentados fijaron los Objetivos de Desarrollo del Milenio para 2015, pidiendo, entre otras cosas, fuertes reducciones de la pobreza, la mortalidad infantil, el analfabetismo, la degradación medioambiental, el sida, la tuberculosis, la malaria, el agua no apta para consumo humano y animal y la discriminación contra las mujeres.

Sin embargo, es en 2005 cuando la utopía parece haber entrado de lleno en el discurso dominante. En marzo, el profesor de la Universidad de Columbia Jeffrey Sachs, célebre economista y líder intelectual de los utópicos, publicó un libro titulado *The End of Poverty*, en el que pedía un fuerte incremento de la ayuda exterior para cumplir los Objetivos de Desarrollo del Milenio y acabar con la miseria. Sachs hace todo tipo de propuestas: desde árboles leguminosos fijadores de nitrógeno, pasando por la reposición de suelo fértil, hasta terapias antirretrovirales contra el sida; desde teléfonos móviles que ofrecen información actualizada de los mercados hasta planificadores sanitarios, recolección de agua de lluvia y estaciones de recarga de baterías. Su Proyecto del Milenio de Naciones Unidas proponía un total de 449 intervenciones.

El ministro de Economía británico, Gordon Brown, también pidió en enero un mayor aumento de la ayuda, un Plan Marshall para África. Brown estaba tan seguro de que sabía cómo salvar a los pobres que, para financiar ingentes aumentos de las ayudas, incluso propuso el endeudamiento contra futuros compromisos de asistencia. En el Foro Económico Mundial que se celebró en enero, el primer ministro británico, Tony Blair, hizo una llamada a dar un “gran, gran impulso” para cumplir los

objetivos de 2015, y en marzo su Gobierno publicó un grueso informe sobre cómo salvar a África. El Banco Mundial y el FMI publicaron en abril su propio documento, también de considerable tamaño, sobre el cumplimiento de estos retos, y respaldaron el llamamiento para dar un gran empujón a la ayuda. Y los utópicos del mundo acaban de reunirse en la Cumbre Mundial de Naciones Unidas los días 14 y 15 de septiembre para evaluar el progreso en los Objetivos del Milenio. En junio, los líderes del G-8 acordaron un plan para cancelar 40.000 millones de dólares (aproximadamente, 32.000 millones de euros) de la deuda de los países pobres para facilitar “el impulso”. También el FMI podría recurrir a sus reservas de oro para contribuir a esta medida.

Incluso George W. Bush, quizá el menos utópico y con aparente poco interés en vencer la pobreza, ha intentado retratar la desventura iraquí como un paso adelante de la democracia universal y la paz mundial. Como lo describió en su segundo discurso de investidura en enero de 2005, “en este joven siglo, América proclama la libertad en todo el mundo y para todos los habitantes del mismo”.

Con frecuencia, estos líderes hablan de lo fácil que es ayudar a los pobres. Según Brown, las medicinas que prevendrían la mitad de todas las muertes por malaria sólo cuestan 12 centavos (unos 10 céntimos de euro) por persona. Un mosquitero para impedir que un niño contraiga este mal sólo vale cuatro dólares. Prevenir cinco millones de muertes infantiles en los próximos 10 años tan sólo supondría tres dólares más por cada nueva madre, dice el ministro de Economía británico. El énfasis en estas soluciones fáciles surgió a raíz de la preocupación por los refugios de terroristas que se crean en las naciones pobres, junto con la campaña emprendida por Sachs, Bono, el rockero Bob Geldof y los laboristas británicos. Parecía que todas estas facciones no se percataban de que las personas que trabajan proporcionando ayuda humanitaria llevaban años intentando acabar con la pobreza.

MUCHO HABLAR Y POCO OBRAR

Ya hemos sido testigos del fracaso de amplios paquetes utópicos en las dos últimas décadas: el fiasco de la *terapia de choque*

para convertir a la antigua Unión Soviética del comunismo al capitalismo y del nada exitoso *ajuste estructural* del FMI/Banco Mundial para transformar naciones en África, Oriente Medio y Latinoamérica en parangones del libre mercado. Todas estas regiones han experimentado un escaso crecimiento económico desde que comenzaron las iniciativas utópicas. En el nuevo milenio, el FMI y el Banco Mundial no parecen haber escarmentado y están intentando algo aún más ambicioso: la transformación social, política, económica y medioambiental de las naciones menos desarrolladas mediante Documentos de Estrategia de Lucha contra la Pobreza (DELP). Estos informes, que el FMI y el Banco Mundial exigen a los gobiernos que se elaboren consultando con los pobres, son planes amplios para hacer desaparecer la miseria en cada país. No está demasiado claro cómo un texto burocrático puede hacer que unos ejecutivos que con frecuencia no son democráticos cedan parte de su poder a los más necesitados o cómo tendrá mayor éxito que otros ambiciosos planes anteriores que en comparación parecen modestos.

Tras 460.000 millones de euros, los donantes no han empezado a suministrar a los niños esas medicinas de 10 céntimos para prevenir la malaria en África

Es más, hemos presenciado el fracaso de lo que ya fue “un fuerte impulso” de la ayuda a África. Después de 43 años y 460.000 millones de euros (a precios de 2003) en asistencia al continente, África sigue atrapada en el estancamiento económico. Además, tras 460.000 millones de euros, los donantes oficiales no parece que hayan empezado la tarea de suministrar a los niños esas medicinas de 10 céntimos para prevenir la mitad de las muertes por malaria.

Con todo el apoyo político y popular a unos programas tan ambiciosos, ¿por qué entonces los paquetes amplios casi nunca logran hacer demasiado bien, por no decir que casi nunca alcanzan la utopía? El problema radica en los incentivos políticos y económicos. El mayor inconveniente es que la gente del Primer Mundo que paga las facturas no comparte los mismos fines que aquellos a los que intentan ayudar. Los ricos tienen escasos incentivos para conseguir que se haga lo preciso en cantidades suficientes para socorrer a los necesitados; los pobres no están en situación de quejarse si esto no se logra. Un problema más sutil es que si todos somos responsables

de forma común de un gran objetivo mundial, entonces no se puede culpabilizar a ninguna agencia o político si no se logra. Este tipo de responsabilidad funciona de forma parecida a las granjas colectivas en la agricultura, y por las mismas razones.

Para empeorar las cosas, los paquetes de ayuda basados en principios utópicos tienen tantas metas distintas que se reduce la probabilidad de alcanzar alguna de ellas, así como el grado de responsabilidad que se puede exigir por su incumplimiento. Los préstamos de ayuda condicionales del FMI y el Banco Mundial (préstamos de ajuste estructural) eran notorios por sus onerosas políticas y perspectivas de resultados, que con frecuencia se contaban por centenas. Los ocho Objetivos del Milenio tienen 18 indicadores. En enero de 2005 el Proyecto del Milenio de Naciones Unidas publicó un informe de 3.751 páginas que recogía los 449 pasos intermedios necesarios para cumplir esos 18 objetivos finales.

Normalmente, trabajar para múltiples jefes (o en pos de muchos fines) no funciona demasiado bien: cada uno de ellos intenta que se actúe para alcanzar su objetivo y no el de los otros jefes. Estos empleados están sobrecargados de tareas, abrumados y desmoralizados; una descripción bastante precisa del nivel de trabajo actual de los funcionarios del Banco Mundial y otras agencias de ayuda.



Las estrategias de arriba hacia abajo como las propuestas por el presidente Bush, el primer ministro Blair y Bono también adolecen de complejos problemas de información, incluso si resolviesen la cuestión de los incentivos. Quienes planifican de forma global en la cúpula simplemente

no saben qué, cuándo y dónde dar a los pobres que se encuentran abajo. Esto no quiere decir que sea imposible cumplir múltiples metas para múltiples clientes a través de múltiples agentes.

Las distintas necesidades del Primer Mundo se satisfacen fácilmente mediante un sistema de mercados descentralizados y democracia, que descansa sobre los comentarios y reacciones de los clientes y la responsabilidad de los proveedores. Los hombres ricos de mediana edad pueden comprar Grecian para teñirse el cabello, mientras que las mujeres pueden adquirir Veet para depilarse las piernas. No hace falta un Objetivo del Milenio sobre *vello corporal*. Ambas marcas son responsables de la satisfacción de sus clientes. Si a ellos no les interesa el producto, las corporaciones no hacen negocio; si a los compradores les gusta el artículo, las empresas tienen un incentivo en forma de beneficios. De modo similar, los hombres y mujeres de los países desarrollados pueden quejarse a burócratas y políticos democráticamente responsables si el camión de la basura no recoge sus envases usados de Grecian y Veet. Los mercados privados también se especializan. No les compensa producir un producto completo que elimine el vello de las piernas y a la vez tiña el cabello. La ironía de la situación es de una obviedad trágica: las necesidades cosméticas de los ricos se satisfacen fácilmente, mientras que las desesperadas necesidades de los pobres se pierden en una planificación centralizada, utópica y de gran alcance.

LA POBREZA COMIENZA EN CASA

El libre mercado y la democracia están lejos de encontrar una solución a la pobreza de la noche a la mañana. Esto exige, entre otras muchas cosas, la evolución desde abajo hacia arriba de las reglas del juego, incluyendo la capacidad de hacer cumplir los contratos y una competencia política justa. Tampoco se puede imponer el capitalismo democrático desde fuera (como el Banco Mundial, el FMI y el Ejército estadounidense deberían saber a estas alturas). La evolución de los mercados y la democracia en los países ricos discurrió a lo largo de muchas décadas y no se produjo mediante “grandes impulsos” externos, objetivos de desarrollo del milenio o asambleas de líderes mundiales. El progreso llegó poco a poco, mediante reformas graduales, mejoras paulatinas y experimentación, todo ello acompañado de una aceleración pausada del crecimiento económico y no a través de programas

intensivos.

Los problemas de las naciones no desarrolladas tienen unas profundas raíces institucionales en casa, donde los mercados no funcionan bien y los políticos y los funcionarios no responden de sus acciones ante los ciudadanos. Esto hace a los planes utópicos aún más idealistas, ya que, en última instancia, “el gran impulso” tiene que confiar en instituciones locales disfuncionales. Por ejemplo, existen numerosos eslabones débiles en la cadena que conduce desde el fármaco de 10 céntimos contra la malaria de Gordon Brown a los logros sanitarios reales en el Tercer Mundo. Según una investigación llevada a cabo por Deon Filmer, Jeffrey Hammer y Lant Pritchett en el Banco Mundial, entre el 30% y el 70% de las medicinas destinadas a clínicas rurales en varios países africanos desaparecen antes de llegar.

Según un estudio realizado en Zimbabue, las mujeres embarazadas eran reticentes a dar a luz en las clínicas públicas porque las enfermeras las ridiculizaban por no tener mejor ropa de bebé, las obligaban a lavar las sábanas poco después del alumbramiento e incluso las pegaban para que empujaran más durante el parto. Y África no está sola: casi todos los países pobres tienen problemas de corrupción y a menudo funcionarios hostiles, tal y como los Estados ricos de hoy los tuvieron en los comienzos de su historia. Los investigadores descubren que mucha gente del Tercer Mundo acude a médicos privados o remedios populares y no a la sanidad pública. Los más necesitados no tienen poder adquisitivo ni político para exigir responsabilidades. Política y económicamente son huérfanos. Los ciudadanos de los países ricos conocen poco de lo que les está ocurriendo a los más desfavorecidos en su vida diaria. La población del Primer Mundo, fundamentalmente, quiere saber que “se está haciendo algo” respecto a un problema tan trágico como la pobreza mundial. Los planes utópicos satisfacen la necesidad de ese público, incluso si dichos planes no solucionan las dificultades. Asimismo, la doctrina Bush atenúa los temores de aquellos estadounidenses a los que les preocupan los tiranos malvados, sin consultar con la población de esos países sobre si desean ser conquistados o democratizados.

Crear que todo el dinero de la ayuda se traduce en éxitos recuerda a los productores de ‘Catwoman’, elegida peor película de 2004, presumiendo de haber gastado unos noventa millones de euros en el filme

El síndrome de “se está haciendo algo” también explica la fijación con el dinero que se gasta en aliviar la miseria global, en lugar de centrar la atención en cómo atender las necesidades de los desfavorecidos. Es cierto que doblar la relativamente trivial proporción de la renta que los occidentales donan a los africanos es una causa digna de encomio. Pero no nos engañemos pensando que el hecho de gastar más en ayuda exterior consigue algo por sí solo. Creer que todo el dinero de la ayuda se traduce en éxitos recuerda a los productores de Hollywood de *Catwoman*, recientemente elegida peor película de 2004, presumiendo de haber cosechado un gran logro por gastarse unos noventa millones de euros en el film.

EL CAMINO DE SALIDA

Ciertamente, no todas las iniciativas de ayuda humanitaria son infructuosas. En lugar de fijar objetivos utópicos como acabar con la pobreza, los líderes globales deben concentrarse en encontrar intervenciones concretas que funcionen. Alguna evidencia sistemática y anecdótica sugiere que los enfoques graduales para hacer llegar la asistencia humanitaria pueden tener éxito. La inmunización infantil rutinaria combinada con vacunaciones contra el sarampión en siete naciones del sur de África redujo los casos de dicha enfermedad registrados, de 60.000 en 1996 a 117 en 2000. Otra asociación de donantes contribuyó a la casi total erradicación del gusano de Guinea en 20 países africanos y asiáticos donde era un mal endémico.

Abhijit Banerjee y Ruimin He, del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT), han elaborado una relación de ejemplos de programas de ayuda que fueron fructíferos y que superaron una rigurosa evaluación: los subsidios a familias para los costes de educación y sanidad de sus hijos, clases de recuperación, uniformes y libros de texto, bonos escolares, fármacos para tratamientos antiparasitarios y suplementos nutricionales, vacunaciones, prevención del VIH, pulverización de aerosoles contra la malaria en los hogares, mosquiteros, abono para la tierra y agua potable.

Por supuesto, encontrar y mantener enfoques graduales que funcionen bien exige mejorar los incentivos para las agencias de ayuda humanitaria. Podrían lograrse mejores alicientes poniendo mayor énfasis en el análisis independiente de los proyectos de asistencia. Dadas las ingentes sumas que se están gastando, es sorprendente la escasez de evaluaciones fiables. También podrían alcanzarse mejores estímulos ideando medios para obtener más opiniones de la gente a la que están dirigidos los programas y pidiendo responsabilidades a las agencias de ayuda cuando los comentarios sean negativos. Parece más productivo concentrarse en estos problemas cruciales en lugar de limitarse a prometer el fin de la pobreza al público del Primer Mundo.

Si “un gran impulso” no va a generar un desarrollo que alcance a toda la sociedad, ¿no hay esperanza para los Estados en crisis? Afortunadamente, estos países están haciendo progresos por sí mismos sin esperar a que Occidente acuda a salvarles. La progresiva mejora de la sanidad y la educación en los países pobres (excepto la crisis del sida), el desarrollo basado en el mercado de China e India, el movimiento hacia la democracia en Latinoamérica y África (a pesar de un crecimiento económico decepcionante), por no mencionar éxitos previos como Botsuana y las economías de los *tigres* asiáticos, ofrecen esperanza de que se produzca un desarrollo gradual y de cosecha propia.

El gran volumen de donaciones a las víctimas del *tsunami* del pasado diciembre muestra que los europeos y los norteamericanos sienten una compasión auténtica por los más necesitados. ¿Puede el público de los países ricos decir a sus políticos que se están marcando un farol y negarse a que los sueños utópicos sustituyan a la ardua tarea de ofrecer beneficios a los pobres? ¿Exigirán responsabilidades a las agencias humanitarias para que hagan llegar el dinero a aquellos que lo necesitan? ¿Se les ocurrirán nuevas formas de dar voz a los sin voz? Si se les preguntara a los pobres, seguramente se descubriría que los sueños utópicos no les conmueven. Probablemente, lo único que quieren son esas medicinas de 10 céntimos.

[¿Algo más?]

Algunos de los grandiosos planes y recetas de 2005 para ayudar a los pobres incluyen el libro de Jeffrey Sachs titulado ***The End of Poverty:***

Economic Possibilities for Our Time (Penguin Press, Nueva York, 2005) y el ***Informe sobre seguimiento mundial 2005. Objetivos de Desarrollo del Milenio: del consenso a una acción más***

dinámica, del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (Banco Mundial, Washington, 2005).

Véase

también la página *web* del primer ministro británico, Tony Blair, Commission for Africa

(www.commissionforafrica.org). Varios trabajos profundizan en las razones por las cuales los

planes utópicos para ayudar a los pobres suelen estar a menudo abocados al fracaso. Por ejemplo, ***La***

miseria del historicismo (Alianza Editorial,

Madrid, 2002), de sir Karl Raimund Popper, o ***Seeing***

Like a State: How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed (Yale

University Press, Connecticut, EE UU, 1998), de James C. Scott.

Para consultar algunos de los programas y métodos de ayuda exterior que han logrado algún éxito, véase

Ruth Levine, y otros autores: ***Millions***

Saved: Proven Successes in Global Health (Centro para el Desarrollo Global, Washington, 2004).

Economistas, políticos y estrellas del rock de los países ricos han hecho llamamientos este año para que se cancele la deuda y se incrementen las ayudas a los países pobres. Esto parece lo adecuado. Pero los sueños utópicos de aliviar la pobreza eluden algunas duras realidades. Al prometer tanto, los activistas prolongan la verdadera pesadilla de la miseria. [William Easterly](#)



Las épocas pasadas han facilitado una superabundancia de todos los materiales y medios necesarios para alimentar, vestir, alojar, formar, educar, dar empleo, divertir y gobernar a la raza humana en una prosperidad perpetua y progresiva, sin guerras, conflictos o competencia entre naciones o individuos”.

Estas palabras no fueron pronunciadas por un esperanzado líder mundial en la última cumbre del grupo de los ocho países más industrializados del mundo (G-8) o por Bono en un concierto de rock, pero resultan familiares. Fueron escritas en 1857, cuando el reformista británico Robert Owen hizo un llamamiento a los países ricos, que podrían “fácilmente inducir a todos los demás gobiernos y pueblos a unirse a ellos en la adopción de medidas prácticas para lograr el bien común en el futuro”. Tuvo que marcharse de la ciudad entre las burlas de sus contemporáneos, que le consideraron un utópico.

Reconfortado se sentiría Owen si viviera hoy, al comprobar que en 2005 algunos de los poderosos e influyentes parecen creer que la utopía ha vuelto. El presidente estadounidense, George W. Bush, ha enviado a los militares de EE UU a propagar la democracia a lo largo y ancho de Oriente Medio, los líderes del G-8 se esfuerzan por acabar con la pobreza y la enfermedad en un futuro próximo, el Banco Mundial promete desarrollo como el camino

hacia la paz global y el Fondo Monetario Internacional (FMI) está tratando de salvar el medio ambiente. En un mundo en el que miles de millones de personas aún padecen grandes sufrimientos, estos sueños tienen, sin duda, gran atractivo. Cabe preguntarse si este nuevo y sorprendente interés por la utopía es simplemente retórica inofensiva y fuente de inspiración. ¿Son las ambiciones utópicas el mejor modo de ayudar a los pobres, que constituyen la mayoría de la población mundial?



Desafortunadamente, no. En realidad, merman los esfuerzos por ayudarles. ¿Qué es el utopismo? Es prometer más de lo que puedes cumplir. Es ver una respuesta fácil y repentina a problemas complejos que llevan largos años sin resolverse. Es intentar solucionar todo de inmediato mediante un *aparato* administrativo encabezado por *líderes mundiales*. Es esperar grandes cosas de esquemas diseñados en la cúpula, pero no hacer nada para resolver los grandes problemas que hay abajo. El utopismo pone demasiada fe en la cooperación altruista y subestima el conflicto y el comportamiento que busca el interés propio.

EL AÑO QUE VIVIMOS UTÓPICAMENTE

En el amanecer del nuevo siglo, Naciones Unidas hizo realidad el sueño de Robert Owen de reunir a “los potentados de la Tierra” en lo que la organización global llamó una Asamblea del Milenio. Estos potentados fijaron los Objetivos de Desarrollo del Milenio para 2015, pidiendo,

entre otras cosas, fuertes reducciones de la pobreza, la mortalidad infantil, el analfabetismo, la degradación medioambiental, el sida, la tuberculosis, la malaria, el agua no apta para consumo humano y animal y la discriminación contra las mujeres.

Sin embargo, es en 2005 cuando la utopía parece haber entrado de lleno en el discurso dominante. En marzo, el profesor de la Universidad de Columbia Jeffrey Sachs, célebre economista y líder intelectual de los utópicos, publicó un libro titulado *The End of Poverty*, en el que pedía un fuerte incremento de la ayuda exterior para cumplir los Objetivos de Desarrollo del Milenio y acabar con la miseria. Sachs hace todo tipo de propuestas: desde árboles leguminosos fijadores de nitrógeno, pasando por la reposición de suelo fértil, hasta terapias antirretrovirales contra el sida; desde teléfonos móviles que ofrecen información actualizada de los mercados hasta planificadores sanitarios, recolección de agua de lluvia y estaciones de recarga de baterías. Su Proyecto del Milenio de Naciones Unidas proponía un total de 449 intervenciones.

El ministro de Economía británico, Gordon Brown, también pidió en enero un mayor aumento de la ayuda, un Plan Marshall para África. Brown estaba tan seguro de que sabía cómo salvar a los pobres que, para financiar ingentes aumentos de las ayudas, incluso propuso el endeudamiento contra futuros compromisos de asistencia. En el Foro Económico Mundial que se celebró en enero, el primer ministro británico, Tony Blair, hizo una llamada a dar un “gran, gran impulso” para cumplir los objetivos de 2015, y en marzo su Gobierno publicó un grueso informe sobre cómo salvar a África. El Banco Mundial y el FMI publicaron en abril su propio documento, también de considerable tamaño, sobre el cumplimiento de estos retos, y respaldaron el llamamiento para dar un gran empujón a la ayuda. Y los utópicos del mundo acaban de reunirse en la Cumbre Mundial de Naciones Unidas los días 14 y 15 de septiembre para evaluar el progreso en los Objetivos del Milenio. En junio, los líderes del G-8 acordaron un plan para cancelar 40.000 millones de dólares (aproximadamente, 32.000 millones de euros) de la deuda de los países pobres para facilitar “el impulso”. También el FMI podría recurrir a sus reservas de oro para contribuir a esta medida.

Incluso George W. Bush, quizá el menos utópico y con aparente poco interés en vencer la pobreza, ha intentado retratar la desventura iraquí como un paso adelante de la democracia universal y la paz mundial. Como lo describió en su segundo discurso de investidura en enero de 2005, “en este joven siglo, América proclama la libertad en todo el mundo y para todos los habitantes del mismo”.

Con frecuencia, estos líderes hablan de lo fácil que es ayudar a los pobres. Según Brown, las medicinas que prevendrían la mitad de todas las muertes por malaria sólo cuestan 12 centavos (unos 10 céntimos de euro) por persona. Un mosquitero para impedir que un niño contraiga este mal sólo vale cuatro dólares. Prevenir cinco millones de muertes infantiles en los próximos 10 años tan sólo supondría tres dólares más por cada nueva madre, dice el ministro de Economía británico. El énfasis en estas soluciones fáciles surgió a raíz de la preocupación por los refugios de terroristas que se crean en las naciones pobres, junto con la campaña emprendida por Sachs, Bono, el rockero Bob Geldof y los laboristas británicos. Parecía

que todas estas facciones no se percataban de que las personas que trabajan proporcionando ayuda humanitaria llevaban años intentando acabar con la pobreza.

MUCHO HABLAR Y POCO OBRAR

Ya hemos sido testigos del fracaso de amplios paquetes utópicos en las dos últimas décadas: el fiasco de la *terapia de choque* para convertir a la antigua Unión Soviética del comunismo al capitalismo y del nada exitoso *ajuste estructural* del FMI/Banco Mundial para transformar naciones en África, Oriente Medio y Latinoamérica en parangones del libre mercado. Todas estas regiones han experimentado un escaso crecimiento económico desde que comenzaron las iniciativas utópicas. En el nuevo milenio, el FMI y el Banco Mundial no parecen haber escarmentado y están intentando algo aún más ambicioso: la transformación social, política, económica y medioambiental de las naciones menos desarrolladas mediante Documentos de Estrategia de Lucha contra la Pobreza (DELP). Estos informes, que el FMI y el Banco Mundial exigen a los gobiernos que se elaboren consultando con los pobres, son planes amplios para hacer desaparecer la miseria en cada país. No está demasiado claro cómo un texto burocrático puede hacer que unos ejecutivos que con frecuencia no son democráticos cedan parte de su poder a los más necesitados o cómo tendrá mayor éxito que otros ambiciosos planes anteriores que en comparación parecen modestos.

Tras 460.000 millones de euros, los donantes no han empezado a suministrar a los niños esas medicinas de 10 céntimos para prevenir la malaria en África

Es más, hemos presenciado el fracaso de lo que ya fue “un fuerte impulso” de la ayuda a África. Después de 43 años y 460.000 millones de euros (a precios de 2003) en asistencia al continente, África sigue atrapada en el estancamiento económico. Además, tras 460.000 millones de euros, los donantes oficiales no parece que hayan empezado la tarea de suministrar a los niños esas medicinas de 10 céntimos para prevenir la mitad de las muertes por malaria.

Con todo el apoyo político y popular a unos programas tan ambiciosos, ¿por qué entonces los paquetes amplios casi nunca logran hacer demasiado bien, por no decir que casi nunca alcanzan la utopía? El problema radica

en los incentivos políticos y económicos. El mayor inconveniente es que la gente del Primer Mundo que paga las facturas no comparte los mismos fines que aquellos a los que intentan ayudar. Los ricos tienen escasos incentivos para conseguir que se haga lo preciso en cantidades suficientes para socorrer a los necesitados; los pobres no están en situación de quejarse si esto no se logra. Un problema más sutil es que si todos somos responsables de forma común de un gran objetivo mundial, entonces no se puede culpabilizar a ninguna agencia o político si no se logra. Este tipo de responsabilidad funciona de forma parecida a las granjas colectivas en la agricultura, y por las mismas razones.

Para empeorar las cosas, los paquetes de ayuda basados en principios utópicos tienen tantas metas distintas que se reduce la probabilidad de alcanzar alguna de ellas, así como el grado de responsabilidad que se puede exigir por su incumplimiento. Los préstamos de ayuda condicionales del FMI y el Banco Mundial (préstamos de ajuste estructural) eran notorios por sus onerosas políticas y perspectivas de resultados, que con frecuencia se contaban por centenas. Los ocho Objetivos del Milenio tienen 18 indicadores. En enero de 2005 el Proyecto del Milenio de Naciones Unidas publicó un informe de 3.751 páginas que recogía los 449 pasos intermedios necesarios para cumplir esos 18 objetivos finales.

Normalmente, trabajar para múltiples jefes (o en pos de muchos fines) no funciona demasiado bien: cada uno de ellos intenta que se actúe para alcanzar su objetivo y no el de los otros jefes. Estos empleados están sobrecargados de tareas, abrumados y desmoralizados; una descripción bastante precisa del nivel de trabajo actual de los funcionarios del Banco Mundial y otras agencias de ayuda.



Las estrategias de arriba hacia abajo como las propuestas por el presidente Bush, el primer ministro Blair y Bono también adolecen de complejos problemas de información, incluso si resolviesen la cuestión de los incentivos. Quienes planifican de forma global en la cúpula simplemente no saben qué, cuándo y dónde dar a los pobres que se encuentran abajo. Esto no quiere decir que sea imposible cumplir múltiples metas para múltiples clientes a través de múltiples agentes.

Las distintas necesidades del Primer Mundo se satisfacen fácilmente mediante un sistema de mercados descentralizados y democracia, que descansa sobre los comentarios y reacciones de los clientes y la responsabilidad de los proveedores. Los hombres ricos de mediana edad pueden comprar Grecian para teñirse el cabello, mientras que las mujeres pueden adquirir Veet para depilarse las piernas. No hace falta un Objetivo del Milenio sobre *vello corporal*. Ambas marcas son responsables de la satisfacción de sus clientes. Si a ellos no les interesa el producto, las corporaciones no hacen negocio; si a los compradores les gusta el artículo, las empresas tienen un incentivo en forma de beneficios. De modo similar, los hombres y mujeres de los países desarrollados pueden quejarse a burócratas y políticos democráticamente responsables si el camión de la basura no recoge sus envases usados de Grecian y Veet. Los mercados privados también se especializan. No les compensa producir un producto completo que elimine el vello de las piernas y a la vez tiña el cabello. La ironía de la situación es de una obviedad trágica: las necesidades cosméticas de los ricos se satisfacen fácilmente, mientras que las desesperadas necesidades de los pobres se pierden en una planificación centralizada, utópica

y de gran alcance.

LA POBREZA COMIENZA EN CASA

El libre mercado y la democracia están lejos de encontrar una solución a la pobreza de la noche a la mañana. Esto exige, entre otras muchas cosas, la evolución desde abajo hacia arriba de las reglas del juego, incluyendo la capacidad de hacer cumplir los contratos y una competencia política justa. Tampoco se puede imponer el capitalismo democrático desde fuera (como el Banco Mundial, el FMI y el Ejército estadounidense deberían saber a estas alturas). La evolución de los mercados y la democracia en los países ricos discurrió a lo largo de muchas décadas y no se produjo mediante “grandes impulsos” externos, objetivos de desarrollo del milenio o asambleas de líderes mundiales. El progreso llegó poco a poco, mediante reformas graduales, mejoras paulatinas y experimentación, todo ello acompañado de una aceleración pausada del crecimiento económico y no a través de programas intensivos.

Los problemas de las naciones no desarrolladas tienen unas profundas raíces institucionales en casa, donde los mercados no funcionan bien y los políticos y los funcionarios no responden de sus acciones ante los ciudadanos. Esto hace a los planes utópicos aún más idealistas, ya que, en última instancia, “el gran impulso” tiene que confiar en instituciones locales disfuncionales. Por ejemplo, existen numerosos eslabones débiles en la cadena que conduce desde el fármaco de 10 céntimos contra la malaria de Gordon Brown a los logros sanitarios reales en el Tercer Mundo. Según una investigación llevada a cabo por Deon Filmer, Jeffrey Hammer y Lant Pritchett en el Banco Mundial, entre el 30% y el 70% de las medicinas destinadas a clínicas rurales en varios países africanos desaparecen antes de llegar.

Según un estudio realizado en Zimbabue, las mujeres embarazadas eran reticentes a dar a luz en las clínicas públicas porque las enfermeras las ridiculizaban por no tener mejor ropa de bebé, las obligaban a lavar las sábanas poco después del alumbramiento e incluso las pegaban para que empujaran más durante el parto. Y África no está sola: casi todos los países pobres tienen problemas de corrupción y a menudo funcionarios hostiles, tal y como los Estados ricos de hoy los tuvieron

en los comienzos de su historia. Los investigadores descubren que mucha gente del Tercer Mundo acude a médicos privados o remedios populares y no a la sanidad pública. Los más necesitados no tienen poder adquisitivo ni político para exigir responsabilidades. Política y económicamente son huérfanos. Los ciudadanos de los países ricos conocen poco de lo que les está ocurriendo a los más desfavorecidos en su vida diaria. La población del Primer Mundo, fundamentalmente, quiere saber que “se está haciendo algo” respecto a un problema tan trágico como la pobreza mundial. Los planes utópicos satisfacen la necesidad de ese público, incluso si dichos planes no solucionan las dificultades. Asimismo, la doctrina Bush atenúa los temores de aquellos estadounidenses a los que les preocupan los tiranos malvados, sin consultar con la población de esos países sobre si desean ser conquistados o democratizados.

Crear que todo el dinero de la ayuda se traduce en éxitos recuerda a los productores de ‘Catwoman’, elegida peor película de 2004, presumiendo de haber gastado unos noventa millones de euros en el filme

El síndrome de “se está haciendo algo” también explica la fijación con el dinero que se gasta en aliviar la miseria global, en lugar de centrar la atención en cómo atender las necesidades de los desfavorecidos. Es cierto que doblar la relativamente trivial proporción de la renta que los occidentales donan a los africanos es una causa digna de encomio. Pero no nos engañemos pensando que el hecho de gastar más en ayuda exterior consigue algo por sí solo. Creer que todo el dinero de la ayuda se traduce en éxitos recuerda a los productores de Hollywood de *Catwoman*, recientemente elegida peor película de 2004, presumiendo de haber cosechado un gran logro por gastarse unos noventa millones de euros en el film.

EL CAMINO DE SALIDA

Ciertamente, no todas las iniciativas de ayuda humanitaria son infructuosas. En lugar de fijar objetivos utópicos como acabar con la pobreza, los líderes globales deben concentrarse en encontrar intervenciones concretas que funcionen. Alguna evidencia sistemática y anecdótica sugiere que los enfoques graduales para hacer llegar la asistencia humanitaria pueden

tener éxito. La inmunización infantil rutinaria combinada con vacunaciones contra el sarampión en siete naciones del sur de África redujo los casos de dicha enfermedad registrados, de 60.000 en 1996 a 117 en 2000. Otra asociación de donantes contribuyó a la casi total erradicación del gusano de Guinea en 20 países africanos y asiáticos donde era un mal endémico.

Abhijit Banerjee y Ruimin He, del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT), han elaborado una relación de ejemplos de programas de ayuda que fueron fructíferos y que superaron una rigurosa evaluación: los subsidios a familias para los costes de educación y sanidad de sus hijos, clases de recuperación, uniformes y libros de texto, bonos escolares, fármacos para tratamientos antiparasitarios y suplementos nutricionales, vacunaciones, prevención del VIH, pulverización de aerosoles contra la malaria en los hogares, mosquiteros, abono para la tierra y agua potable.

Por supuesto, encontrar y mantener enfoques graduales que funcionen bien exige mejorar los incentivos para las agencias de ayuda humanitaria. Podrían lograrse mejores alcances poniendo mayor énfasis en el análisis independiente de los proyectos de asistencia. Dadas las ingentes sumas que se están gastando, es sorprendente la escasez de evaluaciones fiables. También podrían alcanzarse mejores estímulos ideando medios para obtener más opiniones de la gente a la que están dirigidos los programas y pidiendo responsabilidades a las agencias de ayuda cuando los comentarios sean negativos. Parece más productivo concentrarse en estos problemas cruciales en lugar de limitarse a prometer el fin de la pobreza al público del Primer Mundo.

Si “un gran impulso” no va a generar un desarrollo que alcance a toda la sociedad, ¿no hay esperanza para los Estados en crisis? Afortunadamente, estos países están haciendo progresos por sí mismos sin esperar a que Occidente acuda a salvarles. La progresiva mejora de la sanidad y la educación en los países pobres (excepto la crisis del sida), el desarrollo basado en el mercado de China e India, el movimiento hacia la democracia en Latinoamérica y África (a pesar de un crecimiento económico decepcionante), por no mencionar éxitos previos como Botsuana y las economías de los *tigres* asiáticos, ofrecen esperanza de que se produzca un desarrollo gradual y de cosecha propia.

El gran volumen de donaciones a las víctimas del *tsunami* del pasado diciembre muestra que los europeos y los norteamericanos sienten una compasión auténtica por los más necesitados. ¿Puede el público de los países ricos decir a sus políticos que se están marcando un farol y negarse a que los sueños utópicos sustituyan a la ardua tarea de ofrecer beneficios a los pobres? ¿Exigirán responsabilidades a las agencias humanitarias para que hagan llegar el dinero a aquellos que lo necesitan? ¿Se les ocurrirán nuevas formas de dar voz a los sin voz? Si se les preguntara a los pobres, seguramente se descubriría que los sueños utópicos no les conmueven. Probablemente, lo único que quieren son esas medicinas de 10 céntimos.

[¿Algo más?]

Algunos de los grandiosos planes y recetas de 2005 para ayudar a los pobres incluyen el libro de Jeffrey Sachs titulado ***The End of Poverty:***

Economic Possibilities for Our Time (Penguin Press, Nueva York, 2005) y el ***Informe sobre seguimiento mundial 2005. Objetivos de Desarrollo del Milenio: del consenso a una acción más dinámica***, del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (Banco Mundial, Washington, 2005).

Véase

también la página *web* del primer ministro británico, Tony Blair, Commission for Africa

(www.commissionforafrica.org). Varios trabajos profundizan en las razones por las cuales los

planes utópicos para ayudar a los pobres suelen estar a menudo abocados al fracaso. Por ejemplo, ***La***

miseria del historicismo (Alianza Editorial,

Madrid, 2002), de sir Karl Raimund Popper, o ***Seeing***

Like a State: How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed (Yale

University Press, Connecticut, EE UU, 1998), de James C. Scott.

Para consultar algunos de los programas y métodos de ayuda exterior que han logrado algún éxito, véase

Ruth Levine, y otros autores: ***Millions***

Saved: Proven Successes in Global Health (Centro para el Desarrollo Global, Washington, 2004).

William Easterly es catedrático

de Economía en la Universidad de Nueva York, profesor invitado en el

Centro para el Desarrollo Global y autor de *En busca del crecimiento:*

andanzas y tribulaciones de los economistas del desarrollo (Antoni

Bosch Editor, Barcelona, 2003).

Fecha de creación

6 septiembre, 2007